

Editorial de José Mujica en la edición “especial centenario” del Almanaque del Banco de Seguros del Estado

El Banco de Seguros es la única organización del Estado uruguayo que contiene dos instituciones: el banco propiamente dicho y el Almanaque.

¿O es que alguien puede dudar de que esta entrañable publicación es por sí misma una verdadera institución nacional?. Ha acompañando a cuatro generaciones de uruguayos y ha conseguido el milagro de ayudarnos, educarnos y entretenernos a la vez. Y las tres cosas las ha hecho a lo grande. Siempre me pareció que el título de Almanaque le quedaba chico. Porque casi por definición alude a lo efímero, a lo destinado a morir cada mes y cada año. En este caso el destino ha sido lo contrario, ha sido permanecer a lo largo de los años como material de consulta. Si los almanaques de este mundo suelen habitar las paredes, las cocinas y las heladeras este Almanaque, con mayúscula, es un objeto de biblioteca. En muchos lugares -y estoy pensando más que nada en los hogares del Uruguay rural- los sucesivos ejemplares se atesoraban para volver una y otra vez a ellos en busca de información para manejar las más diversa alternativas de la vida.

¿Hay que preparar cebas para matar langostas? ¿Hay que prevenir el tifus? ¿Hay que armar un apiario? ¿Hay que afinar la guitarra? ¿Hay que cocinar conejo? ¿Hay que leerles un cuento a los niños?

Todo estaba ahí, a menudo en un solo ejemplar. Ni que hablar si se habían acumulado los números de varios años. Permítanme ilustrar esta capacidad de permanencia con un período que conozco bien: 1935-2010, el espacio entero de mi propia vida. Voy a la edición de 1935 y lo primero que me entero es que por un pelo zafé de llamarme Bernardino, santo de la fecha, y que ese día el sol salió a las 7 y 36.

Para ese mayo el Almanaque aconsejaba: "Debe quedar terminada a mediados de este mes la cosecha de boniatos así como cualquier otro tubérculo". También explicaba que para la tortilla de acelgas es bueno agregarle "un diete de ajo muy bien picado con un manojito de perejil". Y nada de lo humano le era ajeno, en la sección correspondiente a las señoras había un artículo sobre "El sombrero como atavío" y otro sobre "El abuso de los perfumes". Sin descuidar la ciencia pura, con un artículo sobre las leyes de gravitación cuyo título no andaba con chiquitas: "Las leyes del sistema del mundo". Uno tiene la sensación de que, allí donde se lo aprovechara bien, salían fortalecidas la producción, la dieta, la salud, el ahorro, la cultura y la inteligencia.

Aún más extraordinario me parece que esta estructura, como del Renacimiento por su actitud de mantener los ojos abiertos en todas las direcciones, fuera la de una publicación cuyo público preferencial era la gente de campo.

No en vano en sus primeras épocas se llamaba el Almanaque del labrador y se abría con este texto: "Este almanaque está exclusivamente dedicado a vosotros, los que abris surcos en la tierra y depositáis en ellos la semilla que ha de producir el benéfico fruto".

Con los años, el Almanaque fue reflejando la heterogeneidad creciente de la sociedad uruguaya. Se hizo algo más urbano, más cosmopolita y opera como espejo de los múltiples intereses de la gente hoy.

Pero sigue fiel a su vocación de ser un manual para la vida. No para cualquier vida, sino para la muy concreta de quienes habitamos este verde rincón del mundo, tan chiquito como capaz de inventar estas pequeñas maravillas. Y hacerlas vivir 100 años.

José Mujica

Presidente de la República Oriental del Uruguay